

## § V

## JERICÓ.

Después de un cuarto de hora de marcha salimos de la depresión del Jordán, y entramos en una estéril llanura, que es el lugar donde el rey Sedecias, huyendo de Jerusalén, fué alcanzado y hecho prisionero por las tropas de Nabucodonosor. Atravesamos un torrente de fértiles orillas, llamado *Nahr-el-kelt*. Este torrente es el Carith de la Escritura, donde se ocultó Elías por orden de Dios, y fué alimentado por un cuervo.

En tiempo de Josué se dió á este sitio el nombre de valle de Acor, á causa de que un israelita de este nombre fué lapidado y enterrado aquí, por haber retenido en su poder doscientos ciclos de oro y varios objetos que tomó de Jericó, á pesar del anatema lanzado por Josué contra cualquiera que se apropiase la menor cosa de la ciudad vencida.

Pasamos cerca de un terreno llamado *Tell-Geljud*. Aquí fué donde se levantó la antigua Gilgal ó Galgala de los Libros Santos, que fué el primer campamento de los hebreos en la tierra prometida, y donde Josué elevó un altar á Jhová con las doce piedras tomadas del lecho del Jordán. Aquí estuvo el Arca de la Alianza durante seis años; Saul fué reconocido rey de Israel, y vino después Samuel á anunciarle la reprobación del Señor.—

Poco antes de las seis de la tarde llegamos á Jericó, que no es más que una reunión de miserables chozas. Por lo demás, el campo que lo rodea es en extremo agradable y pintoresco, y su rica vegetación contrasta con la aridez del Desierto que se extiende á su frente.

Hay allí una pobre posada que se encuentra al extremo oriente de la aldea, servida por un cristiano de Jerusalén. El hostelero que á

nuestra salida se encontraba en Jerusalén, fué avisado por Fortunato de que pasaríamos en Jericó la noche de este día, y él vino de allá con su mujer y su hijo, cargado de provisiones. A nuestra llegada nos tenía ya servida la mesa y prevenidos los lechos. La posada, como lo he dicho, es en extremo miserable. Los aposentos, además, son sumamente pequeños y muy incómodos los lechos; pero nos encontramos de tal manera fatigados, que todo lo tuvimos por excelente, y aquel desgraciado tugurio nos pareció un palacio encantado.

Terminada la comida, salimos Lavoisier y yo á hacer un paseo por el pueblo. La tarde estaba hermosísima. El viento fresco que soplabá, hacia la temperatura dulce y templada. Nos metimos en los huertos, y fuimos en todas partes recibidos con amabilidad por los beduinos, que nos hablaban mucho, pero en vano, puesto que nosotros no podíamos entenderlos. En uno de estos huertos encontramos la planta llamada *zakkum*, de la cual, según la tradición, fué hecha la corona de espinas de Jesucristo. Tomamos una hacha que nos prestó de buena voluntad el dueño del huerto, y cortamos dos ramas de las más derechas y uniformes, para hacernos de ellas unos bastones.

Andando por las orillas de la aldea, nuestras miradas discurrían por las montañas, por el Desierto y por aquella isla de verdura que se llama Jericó, y está asentada en un océano de esterilidad y de muerte. Las montañas de Judá estaban á nuestras espaldas, y á nuestro frente se extendía como perfecta muralla, ó como un cordel, la gran cadena de Moab. Estas montañas compuestas de piedras calcáreas y blanquecinas, tienen tristísimo aspecto de orfandad y desolación. Son un derramamiento del Anti-Líbano, que á proporción que avanza hácia el sur, se va, por decirlo así, esterilizando y endureciendo, hasta convertirse en granito puro al llegar al Sinaí. Esta misma cordillera, retrocediendo hácia el norte, va cubriéndose de vida y hermosura, y en la Galilea y la Samaria ofrece los más risueños paisajes por la abundancia de su vegetación.

Al oriente del Mar Muerto se derramaron las razas criminosas de

Amon y Moab, fruto del incestuoso consorcio de las hijas de Lot con su padre. Al sur de ese mismo mar habitaron los amalecitas y los edomitas, descendientes de Esau, cuyo nombre genérico, Idumeos, fué derivado de Edom, sobrenombre aplicado á Esau, por la rubicundez de su cútis. Los idumeos, como lo predijo Isaac, vivieron sujetos al pueblo hebreo, aunque inquietos y belicosos, varias veces quebrantaron su yugo.

Jericó fué la primera ciudad conquistada por el pueblo de Dios á los cananeos. Josué hizo abatir los muros de la ciudad y pasar á cuchillo á todos los habitantes, con excepcion de una mujer, Rahab, que protegió á los espías israelitas. Josué pronunció una maldicion sobre el que reedificara Jericó, diciendo que quien tal hiciera perderia al primero y al último de sus hijos. Hiel de Betel osó llevar á efecto esta reedificacion en tiempo de Acab, y resintió los efectos de la maldicion de Josué, pues murió su hijo primogénito al ser echados los fundamentos de la ciudad, y el último de ellos cuando fueron edificadas las puertas.

Herodes embelleció Jericó. Aquí fué donde este mónstruo coronado hizo ahogar á su hijo Aristóbulo, último vástago de la familia de los Macabeos. Antes de morir Herodes, mandó encerrar á los primeros personajes de su reino en el Hipódromo, y dió orden de matarlos en el momento que él espirara, á fin de que todo el mundo llorara despues de su muerte; y no contento con esto, en el lecho de su agonía hizo matar á su hijo Antipater. Cinco dias despues murió el tirano y fué enterrado en Herodio.

Jesucristo pasó una noche en Jericó. Zaqueo, gefe de los publicanos, queriendo ver cuando este entraba, hubo menester encaramarse en las ramas de un sicomoro, porque era muy pequeño de cuerpo. Jesus le vió y escogió su casa para pasar allí la noche, porque el Hijo del Hombre vino á buscar y á salvar lo que estaba perdido.

Jericó, como punto mas cercano á las fronteras de la Arabia, fué el primer lugar de Palestina que sufrió la invasion musulmana. Des-

de entonces acá ha decaido de su celebradad antigua, y ha sido convertido en miserable aldea, habitada por algunos centenares de beduinos.

En 1840, el gran Ibrahim-Pashá fué atacado por los beduinos cerca del Jordan, y enfurecido por este hecho, declaró guerra á muerte á estos guerreros nómades. Tres mil beduinos osaron presentarle batalla; él los derrotó completamente, y mandó matar sin piedad á cuantos cogió prisioneros. No contento con esto, hizo pillar y destruir todas las aldeas habitadas por beduinos. En el número de estas entró Jericó, que fué convertida en un monton de escombros.

La guerra de Ibrahim fué cruel y bárbara, pero produjo los mejores resultados. Del tiempo de ella data la pacificacion de Palestina y la seguridad de los caminos, porque entonces conocieron los beduinos que no eran invencibles, y que sus crímenes no habian de quedar impunes. Ibrahim es el autor del sistema por el que se declara responsables á los gefes de las tribus, de los desmanes cometidos por ellas. De esta manera los gefes tienen buen cuidado de mantener á raya á sus tribus, por temor de que recaiga sobre ellos el castigo.

A pesar de cuanto ha tenido que sufrir Jericó en todas las guerras, ha vuelto á ser habitada tantas veces como ha sido destruida, y esto porque su clima es dulce, el terreno fértil y el agua abundante. Los beduinos que la habitan no cultivan sino lo que es indispensable para su subsistencia: un poco de trigo, sandías y algunas legumbres. Lo restante del terreno permanece inculto, y se malogra el agua de dos excelentes y abundosas fuentes que lo riegan.

Evidentemente este suelo produciria cuanto en él se sembrara, pues su calidad es inmejorable, al decir de los mismos beduinos que lo habitan. En la antigüedad era muy celebrada la fertilidad de estas tierras; producian bálsamos preciosos que fueron muy afamados. Jericó llevaba el nombre de *ciudad de las palmas*, á pesar de que en ella no hay actualmente ni un solo árbol de la especie. Acaso con el trascurso del tiempo haya variado la vegetacion del terreno.

La rosa de Jericó, tan elogiada en la Escritura, no existe ya. La que los indígenas llaman *Kaf-Mariam*, y que no es otra que la *anastatica hierocuntica* de Lineo, es una planta de la familia de las crucíferas, que crece en los arenales de la Siria y de la Arabia, pero nunca en Jericó. Hay otra flor que fué reputada en la Edad-Media como la rosa de que hablan los Libros Santos, pero que evidentemente no lo es, pues no tiene las cualidades que allí se le atribuyen. Pertenece á la familia de las radiadas, y es una especie de margarita de gran tamaño. Se encuentra en las montañas de Judá, cerca del Mar Muerto, y tiene la propiedad de abrirse instantáneamente despues de cortada, cuando se sumerge en el agua, y aun algunas veces con la humedad atmosférica. Yo compré algunas de estas últimas flores.

El *zakkum*, la planta de que hicimos bastones Lavoisier y yo, produce un fruto parecido á la aceituna, que está muy cargado de cierto aceite, que es excelente remedio para las heridas. Acaso este aceite sea el bálsamo tan celebrado por los antiguos.

La *manzana* llamada *de Sodoma*, se da en Jericó en gran abundancia, y es un pequeño fruto amarillo lleno de jugo y de granos en su madurez, y que se pone enteramente negro cuando se seca.

Hay otro fruto llamado *oskar* por los indígenas, de color rojizo. Yo abrí uno de estos frutos y lo encontré un poco jugoso y lleno de granos. Lo probé con la punta de la lengua y hallé que su sabor era acre y cáustico. Ese fruto, cuando se seca, se hace esponjoso en su interior, y sirve como de yesca para encender las pipas.

Se da tambien el nombre de manzana de Sodoma á otro fruto cuya planta es muy rara en Jericó. Es largo y grueso en su extremidad. Tiene la piel verde y delgada, y por esto y por su figura tiene el aspecto de un higo, aunque en su interior mas bien es parecido á la manzana. Cuando se seca se hace negro tambien, y se desmorona fácilmente, lo cual ha dado lugar á la fábula de la famosa manzana de Sodoma, bella en el exterior, segun se dice, y que no contiene

mas que ceniza. Yo digo que esa manzana no existe, pues aunque los frutos de que he hablado se hacen negros cuando se secan, y se llenan de polvo por dentro, distan mucho de tener el bello y apetecible aspecto que generalmente se les atribuye.

Concluida nuestra excursion al declinar la tarde, volvimos Lavoisier y yo á la posada. Sentámonos allí y tomamos unas tacitas de café con el mayor gusto, fumando nuestro cigarrillo. El patio donde nos encontrábamos tenia una techumbre formada con hojas secas.

En estos países se acostumbra hacer de los patios una especie de salones, donde se pasan las horas mas calurosas del dia, por ser espaciosos y bien ventilados. Se les forma un techo con ramas secas, para impedir que penetren los rayos del sol. Este patio, así entoldado, me hizo comprender un pasaje del Nuevo Testamento.

Un dia, Jesus se encontraba en una casa adonde afluia la multitud enferma buscando la salud en el poder del Hijo de Dios. Era tan numerosa la muchedumbre que se agolpaba á la puerta, que estaba obstruida enteramente la entrada. Un paralítico era conducido por sus deudos sobre su lecho, y no pudo ser introducido por en medio del gentío; entonces aquellos que lo llevaban inventaron un medio ingenioso para hacerlo llegar á la presencia de Jesus: subieron á la azotea de la casa, y levantando el techo, bajaron por medio de unas cuerdas el lecho del paralítico hasta los piés del Salvador.

¿Cómo pudo ser levantado el techo sin que fuese llenada de escombros la estancia, y sin hacer mal á la multitud que allí se encontraba? La estancia donde se encontraba Jesus era, en mi entender, un patio como aquel en que yo me hallaba, cubierto con ramajes y con lienzos. Se concibe que esta techumbre pudiese ser fácilmente levantada sin peligro para los que estaban abajo.

De estas reflexiones vino á sacarme la voz del hostelero:

—¿Desean los señores ver un baile de beduinos? nos preguntó, es cosa bastante curiosa y que bien merece la pena de ser vista.

—De mil amores, le contestamos en coro los franceses y yo.

—Y ¿qué es preciso para ello? preguntó Lavoisier.

—Nada mas que el consentimiento de ustedes, repuso el hostelero; yo me encargo de lo restante.

—Y ¿será un baile en forma? pregunté.

—Haré bailar nada menos que veinticinco hombres y veinticinco mujeres.

—Pero eso debe ser sumamente caro, objetó d'Audiffret-Pasquier.

—De ninguna manera; con treinta francos estará bien pagada la comparsa.

—Barato es en verdad, exclamó Lavoisier.

—Y ¿adónde hemos de ir para ver la farsa? pregunté.

—Los señores no tienen que moverse de aquí; los beduinos vendrán hasta la puerta de la posada.

Convinimos gustosos en ello y cerramos el trato.

Colocamos nuestras sillas sobre una enorme barda que habia á la puerta de la posada á manera de plataforma, y desde aquel lugar elevado dominábamos todo el huerto. Frente á la puerta se encendieron dos grandes hogueras con ramas secas, que proyectaban en derredor intensa luz rojiza. Habia una luna clarísima, asies que el astro mismo de la noche parecia contribuir para hacer mas visible á nuestros ojos la escena interesantísima que íbamos á presenciar.

Muy poco despues comenzaron á llegar beduinos de ambos sexos, por pelotones. Habia familias enteras que venian á bailar, comenzando por el padre y la madre, y acabando por el último chiquillo.

Las mujeres eran muy morenas y bastante feas, y me parecieron muy sucias; los hombres muy miserables, y tenían en su semblante gesto singular de avidez y ferocidad.

Ibrahim se encargó de dirigir el espectáculo; y cuando estuvo junta la comparsa, colocó ordenadamente á los hombres y á las mujeres, haciendo á cada uno ocupar un puesto conforme á su estatura.

Con el objeto de entender cuanto íbamos á mirar, hicimos á nuestros dragomanes Ibrahim y Fortunato que se sentaran á nuestros piés,

en la plataforma, advirtiéndoles de antemano que nos habian de traducir cuanto los beduinos cantaran.

Comenzó primeramente la danza de los hombres. Estos, que eran veinticinco, en cumplimiento de lo que habia prometido el dueño de la posada, se pusieron en semicírculo, quedando uno aislado en el medio, como si señalase el punto céntrico de la circunferencia. No habia música. Los que formaban semicírculo golpeaban las manos acompasadamente, y gritaban con voz monótona: *ha! ha!* Y al mismo tiempo que sonaban las palmas y gritaban, se inclinaban hácia adelante, bajando á las veces la cabeza hasta las rodillas; tornaban á levantarse y á ponerse derechos, y luego volvian, al unísono con su voz y con el tronar de sus palmas, á encorvar el cuerpo acompasadamente. En cuanto al que habia quedado solo, estaba armado de una espada que hacia ademán de esgrimir contra los otros, al paso que estos iban estrechando la curva para encerrarlo.

Ibrahim me dijo que aquella escena figuraba un combate en el Desierto; que el beduino de la espada hacia el papel de viajero, y los otros de bandidos, y que el viajero concluiria por ser vencido, puesto que era uno contra muchos.

En efecto, muy á poco sucedió que los que formaban la curva rodearon al de la espada. Este, viéndose circundado, se echó de bruces en el suelo sobre su arma, y los otros se arrojaron sobre él con ademán feroz, dando horribles alaridos. Estos alaridos me causaron un efecto extraño; me representaron por una parte al hombre-bestia, porque esos gritos no son de hombre racional, sino de bestia brava, y al mismo tiempo me hacian pensar en México, porque los beduinos gritan como nuestros bárbaros, con esa especie de lúgubre gemido que parece ser nuncio de la desgracia y de la muerte. Ese acento agudo y tembloroso es, además, modificado singularmente por la mano que se agita sobre la boca para hacer vibrar el sonido, llenando los oficios de una válvula.

Figurábame tambien, al mirar aquellas formas sombrías agitarse

con los ojos chispeantes, y mostrando los dientes blanquíssimos con el gesto famélico del chacal, que asistía á una escena verdadera de asalto en el Desierto, y que veía á los árabes caer sobre su presa para robarla y destrozarla.

Terminó el baile de los hombres, y tocó su turno á las mujeres. Pusiéronse estas también en semicírculo; dos quedaron en el medio, y una de ellas empuñaba una espada. Aquí había canto. Daba principio una sola voz, y luego contestaba el coro. Las que formaban el semicírculo batían también las palmas acompasadamente, y gritaban y se inclinaban al unísono con el compás. Entretanto, la mujer de la espada danzaba y cantaba, girando repetidas veces sobre sí misma; y agitando en alto el arma reluciente, formaba las más bellas y artísticas actitudes que pueden imaginarse. Todas estas mujeres tenían traje bíblico: vestían de azul, y llevaban una especie de túnica ceñida al cuerpo por medio de una banda del mismo color. Caía de su cabeza sobre sus hombros una especie de toca que llegaba hasta la mitad de la espalda. La túnica, en la parte correspondiente al pecho, estaba salida y floja, formando al caer pliegues de efecto maravilloso. No había ninguna que tuviese calzado, y sus piernas estaban desnudas hasta el tobillo. La que bailaba, sin embargo, tenía la túnica larga y le arrastraba por todas partes. Esto contribuía á hacer su figura más clásica, por decirlo así, pues no parecía otra cosa sino una viñeta animada de la Biblia. Figurábame ver en aquella mujer que danzaba — vestida con el traje de hace más de dos mil años, y llevando en la mano una espada que centelleaba con la blanca luz de la luna ó bien con el rojo fulgor de las hogueras — á la varonil Judit blandiendo en la mano la espada con que abatió la cabeza de Holofernes y libertó de un terrible enemigo á su religión y á su patria.

También aquellas mujeres daban alaridos tristísimos, semejantes á los de los hombres, y hacían los mismos movimientos con el cuerpo.

La escena que se representaba era elegiaca, y en ella se deploraba la muerte de un guerrero. Unas veces cantaban las mujeres de

la derecha y respondían las de la izquierda, y vice versa; en tanto que la bailarina de la espada no cesaba de danzar agitando clásicamente el acero.

Ibrahim nos tradujo puntualmente la letra del canto, y nosotros la escribimos con lápiz en nuestras carteras de viaje, á la luz de las hogueras. *Quiero* transcribir aquí esta canción por parecerme bastante curiosa.

Las mujeres de la derecha cantaban con voz melancólica:

El pueblo le miró cuando montaba el brioso corcel más blanco que Nebi-Mussa.  
Distinguíase por su hermosura entre todos los ginetes.

Las mujeres de la izquierda contestaban con voz plañidera, golpeándose el pecho con las manos:

Ay! no volveremos á verlo,  
Ay! no le veremos más  
Sentado en el oasis al pie de las palmas,  
Rodeado de sus amigos é hijos á quienes tanto amó y que tanto le amaron!

El coro respondía:

Él protegió al pobre y todos le amaron;  
Su muerte fué el desconsuelo del pueblo,  
Séale Alá propicio.

Las mujeres de la derecha continuaban con mayor energía:

Los pobres tienen hambre y están desnudos  
Porque él les hace falta  
Y piden á Alá gloria para él.

Las mujeres de la izquierda contestaban con tono dulce y de queja:

No hay quien monte su brioso corcel,  
Sus camellos parecen estar tristes por su ausencia  
Y tuercen el cuello hácia atrás, buscándolo con ojos llorosos.

El coro gritaba luego con voz desgarradora:

No montará ya su brioso corcel,  
Y en vano sus camellos tristes por su ausencia  
Torcerán el cuello hácia atrás, buscándolo con ojos llorosos.

A esto siguieron fuertes gemidos, y repentinamente volvió á gritar con acento bronco y plañidero el coro:

Ay! ¿por qué le hemos visto y nació en nuestra aldea?  
Su recuerdo es nuestro placer, pero es nuestra pena.  
Adios, pues, fiel siervo de Alá, adios para siempre.

En seguida las mujeres dieron gritos agudos, haciendo sonar en el fondo de su garganta el alarido salvaje de que he hablado.

La bailarina de la espada continuó bailando con movimientos lentos y graciosos, inclinada la cabeza sobre el pecho, y con la punta de la espada dirigida á la tierra. La danza fué haciéndose general poco á poco, los gritos y el golpear de manos fuéronse haciendo mas vivos, hasta que llegó un momento en que todas aquellas mujeres se mezclaron danzando, girando en torno de la que tenia la espada. Echaron la cabeza hácia atrás, golpeándose el pecho con las manos, y levantaron los ojos en alto con tiernísima mirada de amorosa expresion. La que empuñaba la espada, hacia rápidos molinetes sobre la cabeza de todas, y á medida que los movimientos se hacian mas desordenados, el brillo del acero y de sus ojos parecian confundirse y hacerse mas y mas poderosos á la luz de las hogueras y al resplandor de la luna.

Esta danza, febril, delirante, se prolongó por espacio de algunos minutos, hasta que algunas mujeres cayeron por tierra, rendidas de fatiga. Entonces se dió por terminado el espectáculo, y nosotros, entusiasmados tambien, nos echamos á aplaudir golpeando las manos.

Los dragomanes Ibrahim y Fortunato estaban fuera de sí de gozo, y nos aseguraban que habiamos tenido buena fortuna, pues el espectáculo habia sido de lo mejor y muy bien desempeñado.

Sentimos lástima hácia aquellos infelices beduinos, que no eran cincuenta sino sesenta, y en vez de darles treinta francos que era el precio convenido, les pagamos á razon de un franco por persona, y cinco francos á la bailarina de la espada.

Un chico como de cuatro años, muy gordo y muy gracioso, se acercó á nosotros y nos saludó con acento tímido. Conocimos su intencion y le dimos algunas piastras. Él nos dió las gracias tomándonos la mano, besándola y posándola sucesivamente sobre su pecho y sobre su frente.

## § VI

## BETANIA.

Febrero 19.

A las seis de la mañana tomamos de nuevo el camino de la Ciudad-Santa. Antes de dirigirnos directamente á Betania, determinamos hacer una visita á la fuente de Eliseo.

Caminamos al noreste por una senda costeadada de zarzas y malezas, y llena de verdura. A trechos encontrábamos bosquecillos formados por las espinosas plantas del *zakkum*.

Media hora despues llegamos á la fuente, que nace al pié de una colina pedregosa y está formada por algunos veneros que brotan en un pequeño remanso. Sus aguas son de sabor muy agradable; las bebimos con delicia y nos lavamos en ellas las manos y la cara.

Esta fuente lleva el nombre de Eliseo, porque siendo el agua de mala calidad, él la convirtió en buena.

Los habitantes de Jericó se quejaron al profeta de la mala calidad de la fuente, y él dijo: «traedme un vaso nuevo y poned sal en él.» Cuando esto fué hecho, Eliseo vino á la fuente y arrojó en ella la sal, diciendo: «hé aquí lo que dice Jehová: Yo he purificado esta agua, y la muerte y la esterilidad no saldrán mas de ella.»

Todavía se ven los restos del monumento que estuvo colocado á la falda del monte, junto al remanso.

Subí á la montaña, y desde allí disfruté de una hermosa vista sobre Jericó, el Desierto y las montañas que lo rodean. Ví las ruinas de la antigua Jericó, que estaba asida á la falda de la colina. Aun se miran sus fundamentos, y hay restos de los mármoles y de las columnas que formaron sus edificios.